



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO
 DIRIGIDA POR
 D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

EL CARDENAL CISNEROS

D. Francisco Jimenez de Cisneros nació en Torrelaguna, provincia de Madrid, en el año 1437, y siguiendo la carrera eclesiástica en el claustro del monasterio, llegó á ser consumado teólogo, gran jurisconsulto y hábil político. En 1507 fué elevado á la dignidad cardenalicia por el pontífice Julio II, despues de haber ocupado la silla arzobispal de Guadalajara. Fué tal la influencia que su talento y ciencia le alcanzaron, que despues de ser consultado por los Reyes Católicos Fernando é Isabel en to-



El cardenal Cisneros.

dos los asuntos importantes del Estado, fué presidente de la regencia de los siete á la muerte de Felipe el Hermoso, hasta que Don Fernando volvió á tomar las riendas del gobierno. Á la muerte de este rey fué nombrado regente de España por Carlos I, cargo que desempeñó hasta 1517. Con tal energía defendió los intereses sagrados que se le encomendaron contra la ambición de algunos nobles, que disputándole éstos su derecho, abrió el balcon, y mostrándoles el ejército, les dijo:

—Con estos poderes estoy dispuesto á gobernar el reino.

Conquistó á Orán sin gravar en nada al Estado, pues hizo la conquista con sus propios fondos; fundó la célebre universidad de Alcalá, que dotó de una manera espléndida; y finalmente, por sus conocidas dotes de hábil político y profundo hombre de ciencia, así como por sus virtudes, mereció el aprecio y consideración de los españoles, que sintieron en extremo su muerte, acaecida en Noviembre de 1517.

La historia le nombra siempre con elogio en sus páginas; la ciencia le recuerda como maestro y propagador de la enseñanza, y la poesía y la pintura enaltecen y perpetúan los hechos del gran cardenal, que bajo la púrpura cardenalicia vestía el humilde sayal de fraile franciscano.

D. C.

EL TABACO

SU ORIGEN, HISTORIA Y PERJUICIOS QUE CAUSA
EL FUMARLE (1)

El tabaco es, sin ningún género de duda, una de las plantas más conocidas hoy en el mundo, por cuanto satisface el vicio de fumar, que tantos perjuicios causa generalmente á la salud y también al bolsillo particular de cada individuo. Dicho vegetal pertenece á la familia de las solanáceas, que son plantas abundantes en nuestros climas, pero mucho más en las regiones tropicales ó calientes. Hay tres especies de tabaco: el grande, el mediano y el pequeño.

Se diferencian perfectamente los tres por sus hojas, que son anchas y de color pálido en el grande, estrechas en el mediano y bastante pequeñas en el menor. Todas las tres especies tienen un olor fuerte, carácter también de la mayor parte de las solanáceas.

El tabaco es originario de la América, pero su nombre procede ó se deriva del de una isla de la Oceanía llamada Tabago, donde se encuentra en gran abundancia. El nombre científico del tabaco es nicotiana por haber sido Mr. Nicot uno de los que más contribuyeron á introducirle en Europa. Mr. Nicot estaba de embajador de Fran-

(1) El apreciable suscriptor que nos remite el artículo, es refractario en alto grado á la costumbre de fumar, que no nos atrevemos á llamar vicio, y le dejamos en plena libertad con sus opiniones, haciéndonos solidarios de ellas en cuanto á los perjuicios que ocasiona á los niños que en temprana edad quieren hacer cuanto ven, sin pensar en si perjudican ó no su salud.

cia en Portugal, cuando tuvo noticia de esta planta por un mercader flamenco, y aquél se la presentó, á su regreso á Francia, á la reina Catalina de Médicis.

Las hojas, única parte que se usa del tabaco, se recogen en el otoño, es decir, cuando están maduras, lo cual se conoce porque se desprenden del tallo con facilidad.

Vamos á tratar ahora del vicio que ha producido y de sus efectos. El tabaco no sólo se fuma, sino que también se mastica, cual se acostumbra en el Norte de América, echándose á perder de tal manera la dentadura y el sentido del gusto, lo mismo que tomándole en polvo por las narices se echa á perder el olfato. La embriaguez que causa el tabaco cuando se fuma es aún más incómoda é intensa que la del vino.

El tabaco, además, suele trastornar las digestiones y producir enfermedades del corazón.

M. PORTILLA.

EL RUISEÑOR

CUENTO.

Ufano está el ruiseñor,
Ufano está de su nido,
De su canto lisonjero,
De su piquillo argentino.

Cual rey de la selva, manda
Á los otros pajarillos,
Y le obedecen humildes:
Que siempre vence el altivo.

Sosiega el amor sus ansias,
Todo le sale medido:
Parece que la fortuna
Le ha tratado como á hijo.

Cumple á su voz su deseo
Casi casi sin pedirlo;
Cazadores le respetan,
Pastores le cantan himnos.

Cuanto dice y cuanto piensa
Ya lo tiene conseguido;
Para su régia cabeza
Los lauros son muy sencillos.

Cobijan las madreselvas
Su albergue con sus capillos;
Para el sol le dan sus sombras,
Para los vientos su abrigo.

Mas ¡ay! que viene el invierno
Con las escarchas y frios;
Caen del árbol las hojas,
Hielan su curso los rios.

Las ramas le niegan sombra
Con su brillante vestido;
Todo se vuelve en contrario
Del soberbio pajarillo.

Aquellos otros que humildes
Respetaban los caprichos,
Hoy que le ven cabizbajo
Tiran piedras al caído.

Ya no da con su voz llena
Encanto al bosque sombrío,
Que son sus trémulas notas
De su voz eco tristísimo.

Vaga errante, solitario,
De su albergue primitivo,
Sin encontrar compañero
Que comparta su destino.

*Todo se le vuelve amargo
A aquel que feliz ha sido;
La soberbia no le vale
De otra cosa que castigo:
Porque la humildad forzada,
Es la enseña de un suplicio.*

NICOLAS DIAZ Y PÉREZ.

LA MUÑECA

CUENTO PARA LAS NIÑAS (1)

V

Desobediente.

Mucho encargó Cecilia á su muñeca, cuando la vestía para ir á paseo, que no se separase ni un momento de la amiga que la iba á llevar, y la repitió las mismas frases que á ella la decía su mamá en semejantes casos:

—Una niña no debe correr sola por todas partes sin hacer caso de consejos, porque la pueden suceder muchas desgracias.

La muñeca se conoce que no tuvo presente tan sabia advertencia y cariñosa observación.

No se sabe aún de cierto cómo sucedió; pero es el caso que se perdió.

Después de buscarla por todas partes, al fin pudieron encontrarla, porque un guarda

(1) Véase la pág. 319.

del Retiro la había cogido y la tenía guardada por si preguntaban por ella.

Al día siguiente, la amigueta de Cecilia se la devolvió á ésta, diciéndola:

—No quiero llevar más á paseo ni á ninguna parte á tu muñeca hasta que sea más obediente. Y contó á Cecilia lo que había ocurrido.

—¡Ah pícara, desobediente! dijo ésta. Vea usted, muñeca, cuán peligrosa es la desobediencia. Ahora tengo que castigarte severamente para que te acuerdes siempre. Y cogió las disciplinas.

La amiga intercedió por la culpable, y dijo:

—No la pegues... imponla otro castigo.

Cecilia, como todas las madres, estaba más dispuesta á la indulgencia.

—Consiento en ello, dijo.

Y se contentó con llevarla á la antesala y ponerla de pié sobre un banco, con un cartel encima que decía: *Por desobediente.*

Rubita, el perro y el loro presenciaron el justo castigo, y los pobres animalitos decían entre sí:

—Tengamos cuidado, no nos vaya á suceder lo mismo: que siempre es bueno escarmentar en cabeza ajena.

La muñeca se arrepintió, y Cecilia la volvió á recibir en sus brazos como madre cariñosa, diciendo:

—Yo no te castigué por venganza ni por hacerte sufrir, sino para que fueses buena; sólo á este precio y con este deseo se impone una madre el amargo deber de hacer daño á lo que más quiere.

Estas como otras frases, Cecilia las había oído á su mamá; pero cuando tenía que aplicarlas á su niña era cuando las comprendía.

(Se continuará.)

LA INFANCIA DE LOS GRANDES HOMBRES

LUIS VAN BEETHOVEN

La música es á la vez un sentimiento y una ciencia. El talento y la inspiración constituyen el arte.

I

EL TARRO DE POMADA

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia es ser feo!...

Así decía un niño de cinco años, subido encima de una silla colocada delante de un tocador, y provisto de un cepillo,

sacaba de un tarro de pomada que tenía al lado, grandes porciones de ella y las extendía por sus cabellos negros y crispados, tratando de sacar lustre con el cepillo y sujetar su encrespada cabellera.

—¡Qué desgracia es ser feo, sobre todo cuando uno es el heredero de Mr. Beethoven, primer tenor de la capilla del elector

de Colonia! Y pensar que llegará un día en que tendré que cantar en la capilla, y oíré decir á todas las mujeres: «¡Dios mío, qué feo es!...» ¿Y de qué me sirve echarme tanta pomada y alisarme tanto los cabellos, si no conseguiré que se pongan tan suaves y lustrosos como los de Carlos y Juan? ¡Qué felices son mis hermanos por ser tan rubios...



La Muñeca.

y tan bonitos! ¡Caramba con este mechon de cabellos encrespados... siempre se levanta... qué pesado se pone!... Estoy tan colérico como mi cocinera cuando se la vierte el caldo... como Mr. Stumer, mi maestro de escribir, cuando no puedo hacer lo que quiere. ¡Qué mal me sienta esta chupa! ¡Parezco un talego con ella!... ¡Pues no digo nada de mi calzon!... ¿Y mis zapatos? ¡Vaya un calzado bonito!... En cuanto me vea Leonor, que es tan burlona, va á reírse de mí y á llamarme espantajo, oso mal criado... gruñon... Y despues, no contenta con esto, me

preguntará con su risita burlona por qué me he puesto los zorros con que mi criada quita las telas de araña, en vez de tener una cabecita rubia como la de Juan ó la de Carlos. ¡Vuelta con el mechon de cabellos, que no quiere quedarse aplastado á pesar de tener tanta pomada!... ¡Pues yo le echaré aunque sean tres tarros!... ¡Estoy sudando á mares!... ¡Cómo cansa el ser feo! Si yo fuera bonito, hace una hora que ya estaria aviado... Y no es esto lo peor, sino que despues de quemarme tanto la sangre, apuesto á que Leonor no estará contenta. Porque cuen-

ta dos años más que yo, puesto que tiene siete y está más alta, se cree con derecho á todo... Pero yo sé lo que tengo que hacer... la pegaré mucho... mucho... y al fin concluirá por quererme...

—¡Bonito modo de hacerse querer, Luis! dijo una mujer joven, apareciendo en la puerta de la habitación.



La infancia de los grandes hombres.

—Esa misma... afirmó el niño.

—¿Y por qué, hijo mío?

—¡Porque no me quiere!... ¡por eso! respondió aquél sin vacilar.

—Y esperas que te quiera...

—A fuerza de castigarla, sí, señora, continuó Luis acabando la frase de su madre.

—Pero, hijo mío, dijo la Sra. Beethoven, penetrando más en la habitación; si Mr. Stumer, tu profesor de escritura, á quien tienes tan poco cariño, te pegara mucho... ¿le querías entonces más?

—¡Qué quieres, mamá! Es un medio como otro cualquiera, respondió Luis atusándose siempre con fuerza la cabeza con el cepillo.

—¿A quién piensas tratar con unos modales tan finos?

—A Leonor, dijo Luis.

—¿A Leonor, la hija del elector de Colonia? preguntó la joven.

—Muchísimo menos, dijo Luis sin detenerse.

—Pues entonces... continuó su mamá.

—Sí, madre mía; pero Leonor no tiene motivos para no quererme, como yo los tengo con Mr. Stumer; yo no la enseño á escribir, ni paso una hora todos los días repitiéndola: «No ponga usted los dedos tan tiesos... Coja usted mejor la pluma... Separe usted más el cuerpo de la mesa... No menee usted los codos... Tenga usted quietas las manos... Ese perfil está torcido... empiece usted otra vez... No lo entiende usted...

Vuelva usted á hacerlo... Si fuera usted hijo mío le ponía á usted á pan y agua por quince dias... ¡Qué agradable es esto! Yo no digo á Leonor ninguna cosa de estas. Por lo tanto no tiene razon para no quererme; es preciso que me quiera...

—Pero ¿qué diablos estás haciendo, subido en esa silla? le preguntó su madre acercándose del todo; y al ver entónces en lo que se entretenía su hijo: ¿Qué haces con mi pomada?

—¡Toma! me estoy poniendo guapo! contestó Luis con altanería.

A estas palabras, dos niños, el uno de cuatro años y el otro de tres, que acababan de penetrar en la habitación, soltaron una gran carcajada, tan natural y espontánea, que las lágrimas asomaron á los ojos de Luis.

—Reíos, reíos, dijo lleno de rabia; ríete, Juan, y tú tambien, Carlos, ríete. ¿Es culpa mía que sea feo, moreno y con los cabellos crespos? Si no soy blanco, sonrosado y rubio como vosotros, ¿es culpa mía?

—No, no, pobrecito Luis.... dijo su mamá, pesarosa de haberse reído, y deseando borrar con una caricia el disgusto que habia producido á su hijo. No, hijo mío... tú no eres feo... cuando eres bueno.

—¡Sí, ya lo sé, soy feo, dijo Luis llorando, y por eso lloro; y cuando me pongo á llorar soy todavia más feo... tambien lo sé; por eso nadie me quiere!

—¿Ni yo, Luis? replicó su madre en un tono de triste reconvencion.

—Usted me quiere porque es mi mamá, y las mamás tienen obligacion de querer siempre á sus hijos, respondió Luis... Pero los demás... la señorita Simrok... Leonor...

—Leonor no te quiere porque la pegas, dijo Carlos.

—La pego porque no me quiere, contestó Luis; y tanto la castigaré, que al fin me querrá...

—Como si pudiera quererse á los que le hacen á uno daño, replicó el niño más pequeño, que apenas sabía hablar.

En este momento se presentó Mr. Beethoven. Pero para que se comprenda mejor lo que voy á referir, conviene que ántes haga el retrato físico y moral de este tenor y el de su esposa.

C. M.

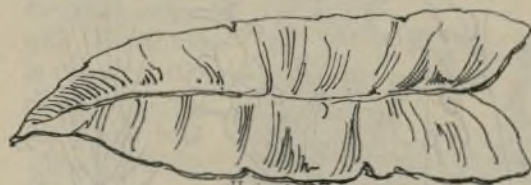
(Se continuará.)

LA CÉLEBRE HIGUERA DE ADAN.

CONCLUSION.

El aire era más puro, los alimentos ménos adulterados, la vida más apacible, las pasiones no tan exaltadas y las aspiraciones más limitadas, porque fundaban los hombres su única felicidad en el reconocimiento de Dios y en el tranquilo goce de los bienes que á manos llenas Aquél les prodigaba. Pero eso la mortalidad era infinita, la duración de la vida humana rayaba en fabulosa, y todo, todo, en suma, era grande, poderoso, envidiable, lisonjero y exento del menor mal. Jamás ha existido pueblo alguno ni raza en que desollara, como gratuitamente se ha creído por algunos, la familia de los gigantes; pero entónces los hombres, merced á esa pureza y vigor de nuestra comun madre la naturaleza, eran mucho más robustos, fuertes y de mayor longevidad; aprovechando esta ocasion para traerlos á la memoria que, desde Henoch, transportado milagrosamente al paraíso á los 365 años de edad, hasta Metusalem, su hijo, que murió á los 969 años, ambos patriarcas de aquella epoca: tal era la duración de los hombres que se les llamaba seculares, es decir, de una vida larga en la que contaban siglos enteros. Tambien los animales participaban de tales dones, de cuyos se citan famosos por sus enormes masas y constituciones físicas de que hoy no hay ejemplos: el megatherio, mastodonte, dinotherio, pangolin y moatherio. ¿Fue mucho decir será luego, si en vista de tales fenómenos nos aventuramos á afirmar que los vegetales tambien vivieron con el

hombre del campo damasceno, con las mismas relaciones de unidad y armonía proporcional? Por eso hay quien se arriesga tan crédulamente á dar asentimiento á lo que Victoriano decía á Joaquinito. Pero obstante, varios hombres pensadores opinan, despues de infinitas conjeturas hechas, como refiere D. L. B., que habiendo cubierto la desnudez de nuestros primeros padres el banano (árbol y fruto conocido de ordinario con el nombre de plátano) éste debe ser el que cita la Biblia y á él le dan el de Higuera de Adán; pudiendo añadir en corroboración á su gigantesca talla, que sus hojas miden 1'68 m. de largo por 0'56 de ancho cada una; con lo cual bien puede un hombre con cerca de 2 m.² cuadrados de superficie que dos de ellas ofrecen, cubrirse perfectamente. Ya que la clase que va á comenzarse es de Geometría, me ahorraréis la resolución de este último problemita, y pasareis vosotros por si solos á comprobarlo en las pizarras. Basta.



Hoja de plátano.

VICENTE JIMENO BURGUEY.

LAS MUJERES PURAS

(De Julio de Rodenberg.)

Son las mujeres puras en la vida
lo que las rosas en la mata oscura:
en ellas la virtud, la fe se anida
con eternal frescura.

Ningun lunar empaña su belleza;
do quiera pisen, brota amor y calma,

cual la mansion de Dios, toda es pureza
de la mujer el alma.

Del varon fuerte imita la pujanza;
sea en la lid la gloria tu estandarte,
y el sabio te dirá hasta dónde alcanza
poder de ciencia y arte.

En la mujer venera la armonia
que revela de Dios la excelsa huella.
¿Buscas amor, belleza y poesía?
Los hallarás en ella.

JAIME CLARK.

(Traducido del aleman.)

EL MUCHACHO Y LA VELA.

Dijo una vez á la encendida vela
un chico de la escuela:

—«Yo quiero, como tú, lucir un día.»

La vela respondió: —«¡La suerte mia
sólo es angustia y humo!»

¡Brillo, sí; mas brillando me consumo!»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

SECCION DE LABORES

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 328.

- Núm. 1. — Enlace de cifras para ropa blanca, bordadas al pasado.
Núm. 2. — Bordado de adorno para id., al pasado, plumétis y punto de armas.
Núm. 3. — Cifras enlazadas, bordadas al pasado con ojitos ó budoques.
Núm. 4. — Tira bordada al pasado.
Núm. 5. — Continuación del alfabeto comenzado en la pág. 232.
Núm. 6. — Ramo para pañuelo, bordado al pasado, plumétis y punto de armas.
Núm. 7. — Cifra de capricho, á litografía.
Núm. 8. — Marca sencilla al pasado.
Núm. 9. — Detalles de adorno, al pasado, cordoncillo y punto de armas.
Núm. 10. — Cifra, á litografía.

Letras sueltas de fácil ejecución.

D. C.

CHARADA

Con voz que llega al tercera,
canta Julia sin cesar,
mientras primera y segunda,
porque así se gana el pan.
Como trabaja con gusto
y se aplica con afán,
al cabo resulta el todo
una notabilidad.

Solucion de la charada del núm. 40:

SEMANARIO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

